

EN LA PIEL DE LA MUJER: UN RECORRIDO POR LA CUENTÍSTICA DE JOSEFINA PLÁ

ÁNGELES MATEO DEL PINO
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Trataremos en este trabajo de hacer un recorrido por la cuentística de Josefina Plá que abarca desde la década del 40 al 80. En un intento de dar cuenta del rol que desempeña la mujer en sus relatos, analizaremos el personaje femenino a partir de sus relaciones textuales. Desde la recreación literaria, Josefina Plá evidencia el papel de la mujer paraguaya y, por extensión, la sociedad en que vive.

ABSTRACT

In this paper we will try to survey the narrative production of Josefina Plá spanning the period from the 40s to the 80s in an attempt to draw attention to the role of the woman in her short stories. We will analyse the female character with reference to her relationships with other characters. In all her works Josefina Plá deals with the role of the Paraguayan woman and, as a natural extension, the society she lives in.

Josefina Plá se define como una autora de carácter «cíclico», que la lleva a elegir en cada época el género propicio para comunicar sus

vivencias, sus sueños y sus interrogantes. En este contexto, la narrativa se define como una de las vías más relevantes de su expresividad literaria.

Su obra narrativa está constituida por una serie de relatos cortos, pertenecientes a las décadas del 40 al 80, entre los cuales hay largos períodos de silencio. Son cuentos enraizados en la historia paraguaya, que indagan en el alma y en el pensamiento del pueblo, que captan los ambientes locales, y penetran en la conducta del hombre de la sociedad paraguaya.

En estos relatos se mezcla la visión telúrica con la conciencia mítica del ser. Resultan, pues, unos cuentos de gran valor documental, que nos dan a conocer la cosmovisión y cosmogonía de un pueblo, a través de aspectos reales, pero también de elementos fantásticos, simbólicos e incluso oníricos.

Como apunta la propia autora, todos los cuentos «tienen su punto de arranque directo en la realidad de un día u otro. Inclusive los oníricos, ya que documentan sueños soñados aquí; y es absolutamente seguro que de haber vivido en otro lugar esos cuentos habrían sido diferentes. Es decir, no habrían sido...»¹.

Pero la realidad para Josefina no sólo es lo tangible, real, *objetivo*, perceptible sensorialmente; «puede serlo también la infinita serie de productos que surgen de la elaboración y transformación de esos datos en la intimidad creadora»². Asistimos, así, a la construcción o definición del ente femenino a través de la literatura; es lo que Josefina denomina «*autenticidad*: transparencia comunicativa y dinámica del yo con sus limitaciones, aspiraciones y tensiones»³.

José-Luis Appleyard advierte que la autora se siente parte del relato en sí, pero no como un narrador omnisciente, «sino introduciéndose sutilmente en el alma y en el pensamiento de esas vidas que aparecen dentro de un marco de realidad propia que es su pequeño e intransferible mundo»⁴.

Josefina Plá muestra una especial predilección por la mujer paraguaya, en su real dimensión humana y social. Una sociedad

caracterizada, esencialmente, por su tendencia al patriarcado y al aislamiento. La mujer forma parte de un sistema social, cultural y económico organizado por el hombre. Éste se erige en árbitro del tiempo y del espacio erótico, y la mujer adopta el papel de sumisión como el camino menos difícil para la supervivencia. La actitud femenina es lógico reflejo de su dependencia psicológica respecto del hombre. Si expresa una opinión distinta se cierne sobre ella el temor al desamparo social, a la censura, y a la marginación.

En muchos de sus cuentos abunda el personaje femenino como protagonista, lo que le sirve de pretexto para manifestar las condiciones existenciales de la mujer en este país. Y aún cuando el hombre recobra el predominio como motor del relato, la visión de éste no se perfila sino desde el punto de vista de la mujer, con la cual entra, necesariamente, en relación de dependencia.

Es precisamente este aspecto el que ha llevado a Francisco Pérez Maricevich a declarar que el interés de esta autora parece centrarse en el desvelamiento narrativo de las condiciones existenciales de la mujer en este país, «denunciando en doloridas o atroces historias las silenciosas inmolaciones a las que es sometida por una sociedad éticamente desviada»⁵.

Este afán de descubrir y describir el espacio femenino paraguayo la lleva a estudiar y entrevistar a las mujeres, intentando esclarecer la presencia femenina en la vida paraguaya. Por ello, algunos de sus cuentos se gestan como confidencias de mujeres pertenecientes a distintas clases y condiciones.

Todo esto sin olvidar la Historia, y el papel que en ella juegan las mujeres hispanas y las mujeres indígenas que dieron lugar a una cultura mestiza, tan importante en la sociedad paraguaya. «Mezcla de sangres de la cual surgió la mujer del pueblo paraguayo: desesperanzada y sin embargo invencible en su lucha por la vida; sin amor, y sin embargo, vertida en el amor sin gestos que es el sacrificio cotidiano»⁶.

Las mujeres de Josefina Plá no son simples personajes, son entidades de carne y hueso, pertenecientes a esa «especie de mujeres

heroicas y pobres, madre y padre de sus hijos —tan pobres que ni siquiera sueños tuvieron— ellas son, sin embargo, la misma arcilla y soplo de las que reconstruyeron la patria, y pagan el rescate de las que ayudaron a mantenerla en pie»⁷. La realidad dramática de anti-heroínas que nacen condenadas a una vida de trabajo y de sufrimientos.

De interés resulta, por otro lado, el uso que hace de la lengua narrativa, ya que funde el idioma castellano y el guaraní, «sin caer en el criollismo o en el bilingüismo radical», como lo define Francisco Pérez Maricevich⁸. Ello contribuye a una mejor captación del ambiente local paraguayo, que pone en boca de sus personajes la modalidad «Yopará», mezcla del castellano con palabras y construcciones en guaraní, o bien, aparecen modismos o giros propios del habla popular.

La creación de una lengua narrativa y la utilización de la anécdota para evidenciar determinadas fases tipológicas o anímico-espirituales de la mujer son dos rasgos que la narradora ha aportado a la literatura paraguaya⁹.

Debemos tener en cuenta que la mujer del pueblo paraguayo comienza a hacerse oír gracias a la recreación literaria llevada a cabo por un amplio sector de los narradores nacionales, quienes, amparados en una novelística innovadora de cuño realista y crítico, desarrollarán una variada temática íntimamente ligada a la realidad del medio paraguayo. En este sentido, se abandonará progresivamente el tratamiento idealizante de la mujer, que la sustraía de su real dimensión humana y social. De acuerdo con esto, Ramón Bordoli Dolci destaca que la mujer «presta la materia y el escritor se arma de valor y rescata de la podredumbre al desposeído denunciando los constantes atropellos de que es objeto»¹⁰.

Trataremos de hacer un recorrido por la cuentística de Josefina Plá que abarca desde la década del 40 al 80. Relatos que pertenecen a diferentes épocas, y que han sido recogidos y publicados con posterioridad, que responden, más a un criterio de unidad temática

que a un orden puramente cronológico. Algunos de los cuentos¹¹ forman parte de trilogías, a pesar de que nunca se publicaron como tal.

Analizaremos los relatos que se han publicado en forma de libro de cuentos, centrándonos, especialmente, en el último, editado en 1989, *La Muralla Robada*, cuya compilación abarca un lapso de más de cuarenta años.

En un intento de dar cuenta de todas y cada una de las mujeres pertenecientes a diferentes clases y condiciones que habitan el mundo cuentístico de Josefina Plá, las hemos agrupado teniendo en cuenta el papel que desempeñan, o han desempeñado, en la sociedad paraguaya. Es por ello, que hablaremos de la mujer y el *hogar*, la mujer y el *trabajo*, la mujer en la *guerra*, la mujer y su relación con *el otro*, y por último, la mujer y el *código social*.

Las mujeres que pueblan el espacio literario de Josefina Plá suelen ser seres indiferentes a su propia apariencia, preocupadas más por el hambre de su alma que por el de su cuerpo. Una apariencia que desvela una larga letanía de resignación y sufrimiento, que no está acorde con la edad biológica:

[Asunta] Tiene 28 años (por detrás parece 18; por delante 40)¹².

Sus manos sin edad, a fuerza de jabón, estropajos, escoba, ostentan rastros de esmalte. Porque Asunta es coqueta...¹³.

Mujeres heroicas «de pies agrietados y negros» como las definió Rafael Barrett¹⁴. Pero féminas que pasan por la vida como unas grandes desconocidas. Todo esfuerzo por recordarlas resultará vano:

Esta mujer me venía a ser en alguna angustiosa manera, familiar; quizá yo había conocido a esa mujer en otro tiempo y la había amado. Pero no conseguía ubicarla, y un vago temor me impedía además ir más adelante en el esfuerzo por recordar¹⁵.

1 LA MUJER Y EL HOGAR

La mujer paraguaya ha sido educada para ser «cuidadora y guardiana del hogar». Enseñada a quedarse embarazada sin protestar y a criar con paciencia. Una de las características de esta sociedad es el *marianismo* o culto a la madre. En este sentido declara Graziella Corvalán: «Nos enseñan que la maternidad es el estado de la perfección y a la que toda mujer debe aspirar y llegar por los medios que fueran y que la mujer en su calidad de madre es ‘*natural y lógico*’ tenga que llegar al sacrificio personal por sus hijos si fuera necesario»¹⁶.

La idea de la maternidad es presentada como el único deseo femenino válido o valioso y las féminas de Josefina comparten esta creencia. Quizá el ejemplo más palpable lo encontramos en el cuento «El Canasto de Serapio»¹⁷. Engracia tuvo un hijo sordomudo que perdió las dos piernas en una batalla, desde el nacimiento su vida se convertirá en un constante sacrificio al cuidado de su hijo.

[Engracia] Se veía muchas veces negra para satisfacer los caprichos del hijo —camisa nueva, pantalón bien planchado, platita para los sábados—. Pero lo hacía con placer. No tenía otra ilusión que el hijo¹⁸.

La mujer que nos presenta Josefina Plá en su narrativa vive sometida al capricho del hombre, pero también al deseo del hijo; hecho que asume desde el momento mismo del embarazo, que encuentra su afirmación en la creencia popular de que la mujer no vale nada para el hombre cuando está encinta:

[Rudé] se hacía la chancha renga, no más, por muchas razones. Una de ellas era precisamente ésa; que estaba encinta, y cuando estaba así no aguantaba al compañero: de balde era que le dijeren las comadres que entonces estaba el peligro, porque es entonces cuando el hombre se enfría y pierde la querencia. Ella no lo podía remediar¹⁹.

El hijo se configura como el único objeto que deben desear. En este sentido apunta José Antonio Arias que tal hecho «es la con-

trapartida de una perversión social más amplia en la distribución y el intercambio de las energías humanas: aquella que le niega a las mujeres otros objetos (en el sentido psicológico), otras metas válidas como vías de satisfacción, que la maternidad»²⁰.

A veces las madres intentan retener a su hijo en una relación de cautiverio presentándose ante ellos como la única mujer a la que deben amar:

Cuando llegó su criatura, sana y robusta al parecer, se sintió contenta de no compartirlo con nadie. [...] Y así no quería nunca ver a Serapio mucho rato lejos de ella. Que se enamorara cuanto quisiera, y que embromase a la que se dejara embromar, no le importaba. Hasta es posible que hallase un cierto placer secreto cuando se enteraba de alguna hazaña del hijo. Pero que no le viese con síntomas de marcha hacia el casorio, o sucedáneo de éste, porque se ponía frenética²¹.

Este valor simbólico del hijo puede ser otro, como cuando el hijo es vivido negativamente porque limita o perturba otras relaciones de pareja. Es el caso de los hijos que provienen de otros «matrimonios».

Pastorcito acompañaría a su padrastro en el viaje... Perú no podía ver a Pastorcito. Rudé tenía que acudir continuamente a evitar choques entre el hombre y su hijo²².

El constante sacrificio de la maternidad nos presenta su lado más negro cuando los hechos históricos del Paraguay entran en juego. La guerra de 1870 (la Gran Guerra de la Triple Alianza), la guerra civil de 1947 o las emigraciones dan como saldo un país lleno de madres solitarias:

Ña Diltrudi... Dos hijos, muertos en el 47, muchachos. Le quedaban dos, ya viejos, pero ella no podía imaginarlos así (hacía tiempo que no los veía) sino como eran cuando se fueron a la Argentina, veinte años atrás²³.

La «guardiana del hogar» debe cuidar a sus hijos, pero también a hermanos, padres, abuelos... y no siempre con la consecuente recompensa. En el cuento «Mascaritas» el hermano, disfrazado,

intenta robarle el dinero a Dionisia, pero ésta lo mata sin saber quién era.

Otras veces las descalificaciones o las protestas por parte de padres o abuelos son la única «retribución» que reciben a toda una vida de servicio.

Engracia trasegó con resignada melancolía [...], sin otro trabajo que pasar por alto las borrosas protestas de su vieja abuela paralítica a la cual mantenía haciendo chipa²⁴.

2 LA MUJER Y EL TRABAJO

Nos referiremos en este apartado a aquellos trabajos, remunerados o no, que debe desempeñar la mujer dentro o fuera de su hogar. Entre estos últimos están las tareas que realiza en el campo, como empleada de servicio, *mucama*, o bien como docente. De interés resultan las diversas labores que debió efectuar a partir de la guerra de 1870: al quedar una sociedad sin hombres, la mujer debió ejecutar los trabajos que le correspondían a aquéllos.

Las mujeres que habitan el mundo literario de Josefina pertenecen a esa clase de seres infatigables que comparten el tiempo dedicándose a las tareas propias del hogar y a aquellas otras que les puedan aportar algún beneficio económico. Estas últimas suelen ser, en la mayoría de los casos, las labores agrícolas:

[Rudé] se había derrengado sobre los surcos, sembrando y carpiendo. [...] Al tiempo de recoger el algodón, fue ella otra vez la que se reventó recorriendo los surcos de abajo arriba, de arriba abajo, colgada la bolsa sobre la más que saliente barriga, sintiéndola crecer en volumen y peso hasta que no daban más, ni la bolsa ni ella; y había que vaciar la carga y comenzar otra vez²⁵.

Una vez recolectado el algodón las mujeres se reúnen a hilar, mientras se narran cuentos o se transmiten creencias. Estas reuniones se convierten en «rituales», tan necesarios como lo pueda ser el respirar:

Las mujeres suspiran y vuelven a hilar. Necesitan angustiosamente convertir en lienzo esas pocas arrobos de algodón. El algodón con tanto sufrimiento sembrado, carpido, cosechado, desmotado²⁶.

Durante el período de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), el trabajo de las mujeres se verá incrementado. En tal contexto, el cuento titulado «Vaca Retá» nos ofrece una galería de personajes femeninos dedicados a las más diversas tareas, desde recuperar y hacer habitables de nuevo sus ranchos y productivas sus chacras, a sembrar y carpir, poner en condiciones las viviendas deterioradas, preparar la comida diaria, pescar, internarse en el monte en busca de frutas silvestres, miel o leña. Junto con cumplir estos deberes cotidianos participan, también, con su trabajo en tareas extraordinarias, tales como el avituallamiento del ejército en guerra. Hay cierta ingenuidad en la motivación de esta labor porque creen que con ello están contribuyendo al bienestar de sus hijos o de sus compañeros. Tal es el caso de Engracia, el personaje femenino del cuento titulado «El canasto de Serapio».

Y siguió trabajando conforme a consignas acogidas con entusiasmo, para enviar vituallas al ejército. Vendas, o calzoncillos o camisas de poyvy, o ponchos, o fruta, o chipa, o mandioca²⁷.

El trabajo de empleada o mucama en casa de alguna señora es otra de las labores remuneradas. Nos encontramos, en este caso, con la situación de la mujer que está al servicio de otra mujer, estableciéndose entre ambas una relación de desigualdad, patente en la acotación de la siguiente cita:

Pero yo no puedo. Voy al mercado. Tengo que volver a la casa pronto —con pánico—. No puedo tardar. Tengo que estar a punto en la cocina²⁸.

La única carrera que realizan las féminas del universo cuentístico de Josefina Plá es la del magisterio. Profesión reservada exclusivamente para «una chica decente» y que, en la mayoría de los casos representa para la mujer una alternativa frente a la incomuni-

cación a la que está condenada por presión del medio que la circunda:

Siempre pegada a mi mamá, yo no había jugado con chicas ni chicos, no tenía amigas. Y me parecía que si yo podía hacerme escuchar de otros niños como mi mamá se hacía escuchar de mí, sería feliz²⁹.

De todas maneras, el trabajo remunerado de la mujer como profesora la distingue del resto de la sociedad femenina y le da un estatuto de aparente privilegio. Ella puede ejercer tal función mientras permanece soltera, pero debe abandonarla al casarse para ocuparse de su hogar, como es preceptivo en esa sociedad.

Dionisia había sido maestra de cuarta categoría, cerca de Barrero, y estaba acostumbrada a cierta comodidad. [...] aquel tapado hacía de Dionisia una mujer aparte en una vecindad en que ninguna llevaba sino rebozo o a lo sumo un saquito de bombasi³⁰.

3 LA MUJER EN LA GUERRA

El suceso de la guerra de 1870³¹ adquiere especial relevancia en la narrativa de Josefina Plá. Tal es el caso del relato «*Jesús Meninho*», donde se nos describe la sociedad que puebla el país en esos momentos. Un espacio habitado por mujeres «de recatado porte y vestimentas» que van a la misa en la catedral. Fémias jóvenes y «Ancianas escuálidas asomando su rostro de hoja seca a las rejas; uno que otro sirviente o sirvienta mulato o indio, igualmente demacrado y esquivo. Mujeres del pueblo, de zangoloteantes trenzas; hurañas y hasta agresivas —qué importaba: había otras complacientes—»³².

Debemos destacar de este período la figura de las «residentas», mujeres que iban detrás del ejército, resueltas a luchar hasta la muerte. Rosalba Antúnez de Dendia define a la *residenta* como la mujer que «cultivó la tierra marchando sobre los pasos del heroico soldado, siendo su compañera de camino, de sur a norte, hasta el apocalipsis final»³³.

Josefina nos presenta esta figura histórica de mujer combativa y trabajadora incansable que el mariscal López arrastró descalza en pos de las carretas. El narrador apunta en la siguiente cita el papel casi ciego de la mujer en la guerra:

[...] vino la orden de seguir al ejército en retirada, no sabían hacia dónde ni por cuánto tiempo. Y allá fueron: aunque ni aun arrancadas de su querido pegujal se resignaban a estar inactivas; y en cuanto la permanencia en el campamento les daba lugar a ello, se ponían a sembrar, hilar, tejer. Y cuando había combates no entendían sino dos palabras: victoria y derrota; y con una u otra, muertos y heridos. Y obraban en consecuencia³⁴.

Por otra parte, las mujeres crearon un género de sociedad poligámica que permitió reponer las pérdidas demográficas con rapidez. En el relato «El canasto de Serapio», Josefina recoge el drama de aquella época arrasada de hombres: Serapio, sordomudo e inválido, es el único hombre que sobrevive:

Nadie supo cómo, pero sucedió. No necesitaron las mujeres seguramente conversar para ello, ni tampoco confidenciar ni ponerse de acuerdo. Por allí anduvo maniobrando un duende que con misteriosa pero unánime brújula las llevó a todas las cuatro a la misma conclusión y decisión³⁵.

Las mujeres se ofrecieron a cuidar a Serapio: lo llevarían a su casa dos o tres noches por semana. Y, así, «Con intervalos diversos, Librada tuvo una hija. Benigna y Catalina sendos varones. Lucía mellizas»³⁶. Las criaturas llegaron a seis y luego a nueve.

La población paraguaya en 1870 había pasado de 1.300.000 habitantes a 300.000, la mayoría mujeres y niños. Les queda a éstos la obligación de reconstruir el país.

4 LA MUJER Y SU RELACIÓN CON «EL OTRO»

La mujer que nos presenta Josefina Plá se caracteriza por manifestar siempre una dependencia psicológica con respecto al otro. Esto es lógi-

co reflejo de una sociedad organizada social, económica y culturalmente por el hombre y, además, como ya hemos apuntado anteriormente, porque éste se erige en árbitro del tiempo y del espacio erótico.

En la medida en que el deseo de la maternidad es presentado como la única realización femenina, ésta se sitúa en una posición de ser para el otro, para el hijo o para el hombre. La mujer se define, por tanto, desde la perspectiva del servicio o del sometimiento al varón.

El hombre que aparece en los cuentos de Josefina Plá establece con las mujeres diversos tipos de relaciones, donde él siempre se erige como amo y señor. La mujer está para servir al hombre en el hogar, en el trabajo y, también, en el amor.

Perú aparecía algún rato como quien viene a vigilar el trabajo, para eclipsarse enseguida. Su lugar propio era el catre desvencijado bajo los mandarinos, y su ocupación vaciar la botella de caña que le traía algún compi³⁷.

Pero, quizá, donde mejor se aprecia esa relación de amo-sirvienta es en «El canasto de Serapio», cuento en el que Don Luciano, su protagonista, es descrito montado en su vieja burra, seguido a pie por su mujer-criada. Tal actitud de sometimiento lleva a las mujeres a considerarse como un ser sin valía, así, dirá Rudé:

... y hay momentos en los cuales la mujer no vale nada.

Y menos si no es casada, y si está encinta y el hombre anda medio alzado³⁸.

Junto al menosprecio que siente la mujer por sí misma, surge en ella una actitud de resignación que se manifiesta como un rasgo dominante en los relatos de Josefina Plá. La mujer, en definitiva, no se debe oponer a los deseos del otro, o los otros. Al respecto dirá Josefina que la mujer paraguaya «rara vez se autoanalizó: el análisis no va más allá de la reacción elemental más o menos retardada: la

nostalgia, la tristeza o el sello, como de finiquito, que pone la resignación: «Para eso etamo la mujere»...³⁹.

En el relato «Vaca retá», ambientado en la postguerra de 1870, las mujeres trabajan incansablemente sin esperar nada a cambio. Lo único que les queda es resignación y sufrimiento:

[Paí Conché] ya no se movió más de la vieja hamaca de Ña Sotera, quien, cristiana ella, no se la reclamaba, y aceptó dormir en el suelo. [...] Las mujeres no le contradijeron por supuesto. Veían con aprensión que comía demasiado, pero no querían mezquinarle su festín⁴⁰.

Una vez que la mujer asume esta posición de sometida al deseo del hombre esta imagen se convertirá en una característica femenina que las llevará a la búsqueda de sometimiento. José Antonio Arias apunta que «buscarán ser sometidas por un hombre que deberá responder, en última instancia, al estereotipo social dominante del hombre duro y autoritario»⁴¹. Aparece entonces la violencia del dominador. Una violencia que a veces se confunde con el llamado «débito conyugal». Incluso, el hombre hace uso de la fuerza convirtiendo a la mujer en un objeto que se utiliza para el goce. Un placer que se alza como ideal cultural masculino:

Se acordó de Adelina, la esposa del gringo Markel, a la cual estando encinta de cuatro meses violaron los peones de la estancia y a la cual hallaron muerta varios días después⁴².

Otra forma de violencia que habita el universo femenino de Josefina Plá es la que resulta del abandono de la mujer por parte del hombre. En este sentido, tratando de buscar una explicación a la pasividad o resignación con que la mujer se enfrenta a este hecho, nos dice Josefina Plá que la mujer «acepta el abandono del compañero más o menos efímero; inclusive de aquel que ha sido su primer amor; y asume con increíble simplicidad su fardo solitario ante el mundo y la vida»⁴³.

El hombre es la identidad dominante en el ámbito familiar. Es por ello por lo que Ña Diltrudi al hacer recuento de sus familiares recalca la presencia de su yerno:

... hay que decirlo, porque aunque casi siempre se tienen nietos de una hija, no siempre se tiene un yerno⁴⁴.

El hombre no aspirará jamás a establecer una relación amorosa con la mujer porque ésta es, en esencia, un objeto de placer de la cual debe huir, una vez satisfecho su deseo:

Serapio Rojas era el único hijo de Engracia Rojas, resultado del encuentro de ésta con un arribeño⁴⁵, quizá no muy lindo, ni guapo, pero audaz y maravilloso guitarrero; no muy trabajador de día pero activísimo de noche, hasta el punto de ser recordado como viril campeón en los pueblos que había visitado. El idilio duró muy poco. Lo que se precisó para que el romance se diera cuenta de que su éxito con las muchachas de la compañía iba a ser pronto inevitablemente publicitado. Y acometido de repentina modestia, desapareció rumbo a otros pagos⁴⁶.

A veces el abandono resulta ser un hecho recurrente al que se enfrentan con resignación y paciencia, hasta el límite en que estas cualidades se confunden con un estoicismo asumido, seguras de que sus vidas sólo tienen sentido en tanto en cuanto están al servicio del otro. Los hijos, en este caso, son la única prueba de amor que les queda, constituyéndose ellos en un refugio, y en la única vía de realización femenina; también frustrada por la naturaleza machista y dominante que representa el varón en el contexto de la sociedad paraguaya:

[Asunta] Tiene 28 años y dos hijos, cada uno de un padre. Ninguno de los dos le da un centavo. Uno, al principio se acordaba cada Navidad, dice, de pasarle unos guaraníes. Pero cuando de otro hombre tuvo el otro varón, ya no dio un centavo. ¿Para qué voy dar? ¿Para que se coma el otro macho? El padre del segundo pensó lo mismo: para qué voy darle; va comer el otro. Los dos ganan bien⁴⁷.

El hombre, presente en estos cuentos, es un ser automutilado afectivamente. El código social impone a los hombres un modelo

Ideal de lo «masculino» que les prohíbe la expresión de los afectos considerados como «femeninos» como el dolor, el temor, la inseguridad, la ternura y el amor:

[Luigi] había querido a Isabella; pero nada podía romper aquella costra dura de su rostro y hacerle danzar la alegría en las colinas ásperas de sus pómulos⁴⁸.

5 LA MUJER Y EL CÓDIGO SOCIAL DOMINANTE

Al describir las funciones y relaciones de la mujer en la sociedad paraguaya, hemos aludido, implícitamente, al código social dominante. La mujer se construye y se reconoce a partir de los discursos sociales que el código le impone. Como dijimos, la mujer se sitúa en la posición de ser para el otro, para el hijo o para el hombre. Educada para servir en el hogar, en el trabajo y hasta en la guerra. Es por ello que las mujeres que no se someten a este código social se sitúan, forzosamente, fuera de él.

Este es el caso de las féminas que no cumplen con el requisito de la maternidad, y que se han visto obligadas, por diferentes circunstancias, a ejercer otro tipo de trabajo que el que marcan los cánones sociales, aunque también de servicio al otro, como es el caso de la prostitución:

De tiempo atrás más de un conocido venía diciéndole a Doña Silvina que Marilú no era trigo limpio, que, los sábados especialmente, recibía visitas a horas que estaban fuera del código social habitual, y que posiblemente el perro le ladrara a alguna sombra en exceso corporizada que entraba en el patio a deshoras⁴⁹.

Como en tantos otros aspectos, la prostitución también estaría determinada por la contienda de 1870, puesto que finalizada la guerra se verá aumentada la población de Asunción con la presencia del ejército de ocupación brasileño y argentino. Serán estos últimos

los que frecuenten la capital, ya que sólo aquí podían hallar las escasas ocasiones de expansión, recreo, o simplemente convivencia, que pudieran permitirse:

Dos centros, sin embargo, alumbrados, en la ciudad en sombra, los atraían de preferencia. El teatro, un poco destartalado y no muy bien iluminado, donde las francesas de Madame Blanche bailan su can-can; [...] y, un poco más allá del teatro, el otro lugar con la luz difusa de sus humildes farolitos o velas de sebo, en los más insólitos candeleros —una pella de barro, una cáscara de naranja— donde la luz teme a los rostros, pero donde la entrada es libre y se encuentra compañera para las horas sin sueño⁵⁰.

No siempre la prostituta vende su trabajo a cambio de dinero, cuando la ocasión así lo precisa, la retribución se paga con piezas obtenidas de alguna casa saqueada. Tal es el caso que encontramos en el cuento «Jesús menino», donde la mujer que se nos presenta adquiere tintes de ternura e ingenuidad:

La mujer se inclinó y alzó el envoltorio: descubrió la figura. Sus dedos oscuros y flacos tantearon trémulos la superficie pulida. El cuerpecito mórbido. La cabeza donde el cabello en graciosa crencha ondulada caía sobre la frente. El niño relumbró en sus manos como un ascua. Los ojos de la mujer se hicieron tiernos. Su cara se iluminó⁵¹.

Como hemos visto, el discurso social dominante propone una mujer que jamás debe manifestar sus deseos; es por esto que la mujer carece de libertad de elección, son los otros los que eligen por ella. Curioso resulta en este sentido lo que se nos dice en el relato «Caballo marino»:

... pero en la vida hay que tomar todo meclado no puede uno andar ecogiendo como en hace mi hija en el supermercado, que se pasa el tiempo encogiendo y a lo mejor encoge lo peor⁵².

A raíz de lo expuesto podríamos concluir que el mundo femenino recreado por Josefina Plá puede ser considerado como un punto de partida para una historia social de la mujer paraguaya. Una

historia centrada en la mujer del pueblo, sin cuya participación habría sido muy difícil la construcción y reconstrucción del país, antes y después de la guerra de 1870. Estos cuentos significan revivir una época de la sociedad donde las cosas eran diferentes, pero en la que la mujer, acaso, sea la misma de hoy, quizá porque los cambios en lo que se refiere a su sexualidad y a su relación con el varón no han sido tan importantes, como puedan serlo en otras esferas de la vida.

Este recorrido por la cuentística de Josefina Plá es un itinerario por la piel de la mujer paraguaya, curtida por el trabajo, el sometimiento y la resignación. Una piel desgarrada, sobre todo, durante el período de guerra y postguerra. Si como asegurara Josefina «escribir, crear, es liberar fantasmas que nos pertenecen, por herencia, por tradición, por experiencia»⁵³, ella ya ha liberado los suyos en este aspecto, o por lo menos, aquellos con los que le ha tocado en suerte vivir.

NOTAS

- 1 PLÁ, J., «Acotaciones temporales» en *La pierna Severina*, ed. El Lector, Asunción, 1983, p. 5.
- 2 PLÁ, J., *Obra y Aportes Femeninos en la Literatura Nacional*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Paraguay, 1976, p. 24.
- 3 PLÁ, J., *Obra y Aportes Femeninos en la Literatura Nacional*, op. cit., p. 19.
- 4 APPELYARD, J. L., «Breve Pórtico» en *La Pierna de Severina*, op. cit., p. 4.
- 5 PÉREZ MARICEVICH, F., «Prólogo: La narrativa paraguaya de 1940 a la fecha» en *Crónicas del Paraguay*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969, p. 12.
- 6 PLÁ, J., *Algunas mujeres de la conquista*, Asociación de la Mujer española, Asunción, 1985, p. 73.
- 7 PLÁ, J., «Unas palabras previas» en *La piel de la mujer. Experiencias*, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya, Asunción, 1987, p. 17.
- 8 PÉREZ MARICEVICH, F., «La narrativa paraguaya de 1949 a la fecha» en *Crónicas del Paraguay*, op. cit., p. 12.

- 9 Vid. PÉREZ MARICEVICH, F., op. cit., p. 12.
- 10 BORDOLI DOLCI, R., *Literatura Paraguaya 1900-1950*, Ediciones de La Casa del Estudiante, Montevideo, 1988, p. 48.
- 11 *La mano en la tierra*, Ed. Alcor, Asunción, 1963.
El espejo y el canasto, Ediciones Napa, Asunción, 1980.
La pierna de Severina, Editora Litocolor, Asunción, 1982.
La muralla robada, Biblioteca de Estudios Paraguayos, Universidad Católica, Asunción, 1989.
- 12 «Jamón cocido» en *La Muralla Robada*, op. cit., p. 11.
- 13 «Jamón cocido» en op. cit., p. 113.
- 14 BARRET, R., «Lo Que He Visto» en *El Dolor Paraguayo*. Obras Completas I, RP Ediciones, Asunción, 1988, p. 77.
- 15 «El Pequeño Monstruo» en op. cit., p. 38.
- 16 CORVALÁN, G., «Presentación» a *En la Piel de la Mujer. Experiencias*, op. cit. p. 11.
- 17 El argumento de este cuento pertenece a la novela de Josefina Plá y Ángel Pérez Parde-lla, *Alguien Muere en San Onofre de Cuarumí*, Ed. Zenda, Asunción, 1984.
- 18 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 96.
- 19 «Mandiyú», en op. cit., p. 54.
- 20 ARIAS, J. A., «La sexualidad femenina en el Paraguay o el deseo sometido» en *Entre el Silencio y la Voz. Mujeres: Actoras y Autoras de una sociedad en cambio*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1989, p. 252.
- 21 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 96.
- 22 «Mandiyú», en op. cit., p. 54.
- 23 «Tortillas de Harina», en op. cit., pp. 81-82.
- 24 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 96.
- 25 «Mandiyú», en op. cit., p. 53.
- 26 «Vaca Retá», en op. cit., p. 88.
- 27 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 97.
- 28 «El nombre de María», en op. cit., p. 132.
- 29 Op. cit., p. 25.
- 30 «Mascaritas», en op. cit., p. 73.
- 31 La guerra de 1870 fue un conflicto que enfrentó al ejército paraguayo con las fuerzas de la Triple Alianza, compuesta por Argentina, Brasil y Uruguay (1865-1870). Las consecuencias de esta guerra fueron desastrosas para Paraguay, su población quedó reducida a menos de un tercio y compuesta por un 90% de mujeres.
- 32 «Jesús Meninho», en op. cit., p. 66.
- 33 ANTÚNEZ DE DENDIA, R., «Imagen del ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita», en *Entre el silencio y la voz...*, op. cit., p. 334.
- 34 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 97.

- 35 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 100.
- 36 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 101.
- 37 «Mandiyú», en op. cit., p. 53.
- 38 «Mandiyú», en op. cit., p. 54.
- 39 PLÁ, J., «Unas palabras Previas», en *La piel de la mujer. Experiencias*, op. cit., p. 16.
- 40 «Vaca retá», en op. cit., p. 94.
- 41 ARIAS, J. A., «La sexualidad femenina en el Paraguay o el deseo sometido», en op. cit., p. 251.
- 42 «Mascaritas», en op. cit., p. 76.
- 43 PLÁ, J., *Algunas mujeres de la conquista*, op. cit., p. 72.
- 44 «Tortillas de harina», en op. cit., p. 82.
- 45 Este personaje forma parte del folklore popular, identificado con el desconocido que llega a un lugar, viandante o andariego, pero un poco poeta y músico, improvisador y cantor, vivo y «canchero»; sus inseparables compañeros la guitarra, un buen facón o un revólver.
- 46 «El canasto de Serapio», en op. cit., p. 96.
- 47 «Jamón cocido», en op. cit., p. 111.
- 48 «El perro», en op. cit., p. 137.
- 49 «El grito de la sangre», en op. cit., pp. 116-117.
- 50 «Jesús Meninho», en op. cit., p. 67.
- 51 «Jesús Meninho», en op. cit., p. 71.
- 52 «El caballo marino», en op. cit., p. 127.
- 53 PLÁ, J., «El boom literario femenino», en *Última Hora, Correo Semanal*, Asunción, 25-03-88, p. 15.